



 No hay amor en
la muerte Gustavo
Martín Garzo

No hay amor en la muerte

Gustavo
Martín
Garzo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1387

© Gustavo Martín Garzo, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

de la reproducción de *El sacrificio de Abraham*:

© Universal Images Group - Album

Primera edición: enero de 2017

ISBN: 978-84-233-5176-3
Depósito legal: B. 24.698-2017
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

despierta, Isaac, no puedes pasarte todo el día dormido / te empeñas en olvidar, pero ¿sin recuerdos qué somos? / las mentiras en que se refugian los hombres hacen que se alejen de ellos las cosas más dulces / anda, háblanos de aquel tiempo / cuando todos dormían, ¿por qué tu madre te llevaba con nosotras?

lo hacía para esconderme de mi padre

todos le tenían miedo

era un hombre extraño que vivía para adorar a su dios / no era fácil estar junto a él / no soportaba a los niños pequeños, ni las canciones de los pastores, ni que las mujeres se entretuvieran hablando en el mercado / no sentía amor por las cosas hermosas, ni volvía la cabeza cuando veía a las jóvenes andar con pasos cortos haciendo sonar los cascabeles de sus pies / jamás le vieron conmoverse ante el amor de dos esposos o ante el vuelo de las tórtolas bajo el firma-

mento / no sabía mirar a los demás y se alejaba del campamento si en las noches sonaba la música / mi madre, que lo amó, sufrió mucho por este modo de ser / lo había conocido siendo casi una niña / estaba tejiendo y él permaneció un rato admirando la habilidad y la delicadeza con que lo hacía / ante ellos se extendían los campos dorados de las espigas y oían el zumbido de los insectos / un ligero viento mecía las copas de los árboles, y por el sendero aparecieron dos terneras que se les quedaron mirando con sus ojos grandes y bondadosos / mi padre había oído contar que cuando mi madre era una niña, un león había entrado en el campamento causando la alarma de todos, y que ella, con sólo seis años, se había acercado a él y le había dicho que se fuera / si te llevas nuestros corderos, le dijo al león, ¿qué comeremos nosotros? / y el león retrocedió y se fue / ¿tú eres la niña que se enfrentó al león?, le preguntó mi padre aquella tarde / ella asintió con la cabeza, y unos días después le pidió que se casara con él / te aburrirás de mí, le contestó mi madre con una sonrisa, nunca estoy contenta con nada / necesito a mi lado a una mujer, le dijo mi padre, capaz de entender las cosas y que me las diga / la luna brillaba en el horizonte e iluminaba el corral / desde los establos les llegaba el suave rumor de los animales que comían en paz / mi padre no sabía relacionarse con el mundo / era como si entre él y las cosas se levantara un muro, el muro de sus prejuicios, de sus obligaciones, de sus creen-

cias, un muro en el que estaba preso / y lo que percibía en la sonrisa de mi madre era que, al menos de vez en cuando, había que mirar por encima de ese muro / pero él no sabía hacerlo / sufría repentinos ataques de cólera en los que todos huían de su lado, pues era capaz de lanzarles lo que tuviera en las manos / mi madre era la única que no le tenía miedo y durante mucho tiempo estuvo convencida de que lo podría cambiar / si había convencido a un león para que se fuera del campamento, ¿cómo no iba a poder con él? / pero pasaron los años y se dio cuenta de que no lo lograría / ¿puede el sol dejar de ocultarse cada día, el agua regresar a los lugares que dejó atrás, los peces y las otras criaturas marinas vivir en la arena? / no, no pueden, pues su naturaleza se lo impide / así era él, sólo podía hacer lo que su dios le ordenaba / y mi madre no era feliz porque le parecía que todos los sueños que había tenido de joven habían fracasado / por las noches, cuando mi padre dormía, le gustaba reunirse con las otras mujeres para escuchar sus conversaciones y sus risas / hablaban de sus amantes, de los pueblos y costumbres que habían dejado atrás; hablaban de Egipto, donde se daba culto a los muertos y todo estaba regido por el orden y la simetría; de Babilonia y sus puertas de azulejos azules, hablaban de aquella reina a la que habían alimentado las palomas y que publicó un edicto proclamando que el placer no era malo / y entonces se daba cuenta de que no había vivido la verdadera vida de la imaginación,

que había tenido miedo de vivir esa vida, y que estaba condenada a pasar el resto de su tiempo junto a aquel anciano malhumorado que jamás la había acariciado con dulzura ni había susurrado a su oído las palabras ardientes que todas las mujeres esperan / y no es que no amara a mi padre, no es que no amara el mundo que tenía a su alrededor, que no amara a los pequeños corderos que sacrificaban, las palabras de los profetas y los sabios, la música del arpa y de los caramillos, que no amara el sabor de las aceitunas, de los granos tostados, de las lentejas o la carne asada / no es que no amara la fiesta de la Expiación, cuando enviaban al desierto un macho cabrío, símbolo de los pecados del pueblo; la fiesta de las semanas, en que se daba gracias a Dios por las cosechas y la Ley recibida en el desierto, ni la fiesta de las trompetas en que se celebraba el aniversario de la creación del hombre, o el sonido del cuerno del carnero con que se anunciaba a su pueblo / no es que no amara todo eso

pero había otra belleza

cuando amamos a alguien, ¿no deseamos su libertad? / pues según mi madre eso quería el dios que adoraban en su pueblo / ese dios amaba al sacerdote que recitaba en el templo sus oraciones, pero también a los bailarines y sus piruetas; a los que se reunían para estudiar la Ley y orar juntos, y a los que merodeaban en la noche junto a las tiendas de las esclavas / amaba las antorchas con que se acompañaban

ba a la recién casada a la alcoba de su esposo, y amaba la oscuridad en que las muchachas se reunían con sus amantes / amaba las historias sagradas, pero también las historias de pastoras y viajeros a la orilla de los lagos / así era su dios, amaba el orden y la virtud, pero también ese anhelo siempre insatisfecho que lleva a los hombres a buscar otra vida más allá de la que tienen y conocen

y todo eso, ¿por qué nos lo cuentas? / ¿por qué hablas de ese dios como si todo lo supieras de él?

son las historias de los hombres, de los mercaderes, de los viajeros del desierto, las historias que los músicos cantan en las fiestas / ellos dicen que no existe la felicidad / existe el placer, la ebriedad, pero no la felicidad, aunque no dejemos de hablar de ella / ¿sabe el hombre lo que quiere, por qué está en el mundo?

no, no lo sabe / pero ¿acaso importa eso?

era mi madre quien me llevaba con vosotras / me veía gritar en sueños, despertarme bañado en sudor a causa del temor que sentía de mi padre y me llevaba a vuestra tienda para protegerme / mi padre temía a las mujeres, sus caprichos, sus gritos en la cópula, la sangre que corría por sus muslos cada mes, os consideraba impuras y apartaba la vista cuando os veía lavaros o caminar abrazadas riéndoos / mi madre sabía que allí no se atrevería a entrar / ¿cuánto tiempo duró aquello? / dos, tres años, tal vez cuatro

*te vestíamos de niña, nos inventábamos mil nombres
para ti según el ánimo en que nos encontraríamos / ve-
níamos de un mundo en el que cambiar el nombre de
alguien era darle una nueva naturaleza, decirle que po-
día ser de otra forma, tener otra vida*

pero todas moristeis aquella noche triste / hacía
frío y la leña ardió mal y generó ese gas venenoso que
mata a los que duermen / la muerte dulce la llaman,
porque ese gas no huele, no avisa, nadie se da cuenta
de que lo está respirando / es como las palabras de los
que nos engañan en el amor / por la mañana nadie se
atreveía a tocaros / estabais tan juntas, tan abrazadas
unas a otras, que apenas se podía saber de quién era
cada miembro / erais como una rama, una de esas
ramas llenas de guirnaldas que en las bodas se tien-
den sobre los novios / una rama cuyos frutos eran de
carne / ay, la carne humana, ¿quién no se rinde ante
ella? / se enciende con el deseo, tiembla cuando es
acariciada, resplandece en las noches cuando se pue-
bla de sueños / dormíais abrazadas y yo me desperta-
ba a miraros / entre las ropas veía asomar fragmentos
de vuestros cuerpos: piernas, hombros desnudos, pe-
chos blancos como la flor de la harina / ¿a quién per-
tenecían? / en las noches de luna, la tienda recordaba
uno de esos puestos del mercado en que se ofrecen
los frutos de la tierra / vuestros pechos eran saquitos
de grano; el vello de vuestro pubis, ramas de perejil;
vuestros brazos, manadas de puerros; rajas de san-

día, vuestros muslos; una granada abierta, vuestro
vientre / uvas, racimos rezumantes de mosto, higos,
flores de adormidera, cabecitas de venados, pescados
relucientes, tórtolas y codornices que acababan de
desplumar, todo eso erais / ¿estaba Dios allí? / ¿veía
lo que hacíamos? / no, creo que no / se apartaba de
nosotros para dejarnos solos / era como esos padres
que tras llevar a sus hijas a la alcoba nupcial se reti-
ran en silencio, conscientes de que sólo en su ausen-
cia pueden florecer

¿también tu padre hizo eso?

no, él no amaba nada: ni a su familia, ni a sus
criados, ni a sus animales o sus tierras / sólo estaba
pendiente de su dios, al que llamaba Yahvé / me
contaba historias terribles, llenas de amenazas que
un niño no podía escuchar sin temor / ahora me da
pena pensar en él, en todo lo que tuvo que sufrir a
causa de ese dios al que adoró / es más, me pregunto
si incluso en los momentos en que se comportaba de
la manera más intransigente no había en él una in-
genuidad y un candor de los que no nos dábamos
cuenta, si no tenía en el fondo de sí mismo el cora-
zón asustado de una tórtola / la casa de las sombras,
eso es el amor / los recuerdos son sombras, nuestros
sueños son sombras, las palabras que decimos son
sombras también / nosotros mismos somos som-
bras a punto de regresar a la oscuridad / ¿dónde es-
tán las cosas que alguna vez amamos? / ¿dónde el río

en que os bañabais juntas, dónde la tienda en que me reunía con vosotras, dónde vuestros vestidos, los perfumes, los afeites con que embellecíais vuestros cuerpos?